

La opinión enjaulada: el pensamiento único, el lenguaje políticamente correcto y el falseado concepto de la objetividad

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

El engaño del lenguaje, la sospecha de ideología o incluso la sospecha de metafísica son hoy en día giros tan usuales que hablar de la verdad de la palabra equivale a una provocación
Hans-Georg Gadamer (*Acerca de la verdad de la palabra*, 1971)

Al filósofo Gadamer (Alemania, 1900) le ha interesado el lenguaje por su función categorizadora del mundo, porque abre ese mundo acerca del cual se puede hablar y con el que hay que hablar. Para Gadamer, el lenguaje nos abre a la verdad porque él constituye el mundo. Pero esta verdad no es un concepto absoluto, tampoco se ciñe al concepto epistemológico clásico del término de adecuación del entendimiento y del conocimiento a la realidad, sino a la verdad como fundación de sentido. El sentido: la interpretación del mundo a través del lenguaje, el concepto heideggeriano de la verdad (la *aletheia*) como «desocultamiento». La verdad en lo que no ocultan las palabras. Gadamer (1998:20) se sitúa así como un continuador de la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles: ha intentado buscar la posibilidad de la verdad por medio del diálogo, por el sistema de preguntar qué dice la palabra: *¿Cuál es la palabra «auténtica», es decir, no la palabra en que se dice algo verdadero o incluso la verdad suprema, sino la «palabra» en el sentido más auténtico? Ser palabra quiere decir ser dicente. Para poder seleccionar, de entre la infinita variedad en que acaecen las palabras, las que son dicentes en mayor grado, volvamos a reflexionar sobre el carácter de lo que es verdaderamente una palabra, a saber: que la palabra se sostiene*

y que uno la defiende, que uno está por ella. Patentemente, esto incluye ya el que la palabra con que se dice lo que se dice o que lo hace dicente erige una pretensión de validez permanente»

La literatura es y ha sido siempre un modo de conversación especial del ser humano con su tiempo y su entorno. Cuando George Orwell escribió su *1984* era el temor a un sistema totalitario de gobierno lo que le impulsó a escribir esa terrible fábula que no precisaba moralejas porque ya estaban implícitas en todas las alegorías narradas. Limitar el lenguaje, darle un sentido único, estrechar el radio de acción de la mente, controlar el pensamiento. Lo que Orwell no previó es que un sistema democrático necesitara para sobrevivir el invento de palabras con sentido cerrado, basadas en un pensamiento único con el fin de ejercer un dominio aplastante como es aquel que sólo reconoce una realidad única e indiscutible. El dogmatismo no desaparece: es una característica humana y se adapta a los tiempos y a los entornos sociales y culturales. La pretensión de validez permanente que siempre ha buscado la palabra para poder comunicar se torna en la imposición de significado inalterable en el lenguaje políticamente correcto, constructor del pensamiento único.

EL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO: LAS NOCIONES

En su «Diccionario político» Eduardo Haro Tecglen (1995:358) tiene una voz para explicar este relativamente nuevo concepto que es el lenguaje políticamente correcto:

«Expresión reciclada hacia el final de los años ochenta en Estados Unidos: es peyorativa y supone una burla del exceso de términos liberales rígidos y de su intento de aplicación. La primera vez que apareció en este siglo formaba parte de la jerga del partido comunista y servía como aprobación de cualquier acto o teoría que pareciera nueva; su abuso podría tener una total comicidad. En los Estados Unidos calificó la forma en que se trató de absorber por el liberalismo unas minorías de sexo, raza o minusvalía con capacidad de voto propio y familiar: se comenzaron a emitir nuevos nombres para estas clases, como «gente de color» para los no blancos (que en sí ya es un eufemismo y una manera discriminatoria de designar) o «vertically challenged», descompensados verticalmente, para los de baja estatura o, simplemente enanos. La oposición consideró esta actitud como un mal uso del poder, una formulación arbitraria y una forma especial de discriminación, además de atentar contra la libertad de lenguaje y de expresión. La frase -lenguaje políticamente correcto- se ha extendido por el mundo occidental»

El lenguaje políticamente correcto se compone de eufemismos y reiteraciones, pero así como el eufemismo está considerado como una falacia de ambigüedad construida *a priori* para ocultar una realidad no deseada ni deseable, el lenguaje políticamente correcto va más lejos aún en su necesidad de ocultación y disfraz. Utiliza las palabras como máscara de la propia ideología que encierra: es la culminación de la falsa conciencia. Se quiere ocultar con el lenguaje lo que se pretende que no exista. Se quiere adaptar el lenguaje a un hipotético

reinado de lo neutral para aparentar una objetividad y un pluralismo que salven de la posible acusación de no respetar a las minorías, a la población discriminada (como la mujer, por ejemplo), a los marginados, a los enfermos o a los ideológicamente contrarios.

Dos autores, Joaquín Estefanía, economista y periodista (director de la sección de Opinión del diario El País), autor de «Contra el pensamiento único»; e Ignacio Ramonet, profesor de comunicación audiovisual en la Universidad de París VII y director de *Le Monde Diplomatique*, autor del ensayo *Pensamiento único y nuevos amos del mundo*, han explicado y alertado sobre esta realidad que, poco a poco, con los medios de comunicación de masas como vehículos de propagación, está penetrando en nuestras sociedades occidentales y en nuestra forma de pensar y de expresarnos. Una nueva ideología que no se nombra como tal y que supone la adaptación del dogmatismo a los tiempos modernos. Ignacio Ramonet (1995: 58-60) define así el concepto de pensamiento único: *«La traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional. Se puede decir que está formulada y definida a partir de 1944, con ocasión de los acuerdos de Bretton-Woods. Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias -Banco Mundial, Foro Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Acuerdo General sobre Tarifas Arancelarias y Comercio, etc.- quienes, mediante su financiación, afilian al servicio de sus ideas en todo el planeta, a muchos centros de investigación, universidades y fundaciones que, a su vez, afinan y propagan la buena nueva. (...) En casi todas partes, facultades de ciencias económicas, periodistas, ensayistas y también políticos, examinan de nuevo los principales mandamientos de estas nuevas tablas de la ley y, usando como repetidores los medios de comunicación de masas, los reiteran hasta la saciedad sabiendo a ciencia cierta que,*

en nuestra sociedad mediática, repetición vale por demostración. (...) El primer principio del pensamiento único es tanto más fuerte cuanto un marxista distraído no renegaría de él en absoluto: lo económico prima sobre lo político»

EL PENSAMIENTO ÚNICO: LA IDENTIFICACIÓN

El pensamiento único es una ideología excluyente que ha necesitado construir un lenguaje para su imposición. Este lenguaje es correcto, no hay desviaciones. Y va más allá de la primacía de lo económico: constituye, como explica Joaquín Estefanía, una *amalgama heterogénea de conservadurismo y del liberalismo realmente existente* que se apoya en muchos otros cimientos conceptuales como el fin de la historia, el fin de las ideologías, la imposición del pragmatismo como la única razón -la inteligencia útil-, la entronización del individualismo como derecho absoluto, etc. El pensamiento único construye para nutrirse un lenguaje que quiere ser inequívoco y, por tanto, correcto. Confunde el consenso alcanzado en algunos momentos históricos como la única realidad posible si ello conviene a los intereses políticos y económicos que le interesan. Aleja las realidades no nombrables hasta hacerlas desaparecer porque marca con pulcritud los límites del lenguaje. Impone las pautas y normas culturales y estéticas.

Nos aproximamos así a la cuestión de cómo se limita la palabra para destruir lo indeseable y para construir la única realidad impuesta. Y cómo es posible también utilizar los conceptos generados como contraargumentación en previsión de probables objeciones. La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), de tendencia y estética ultraliberal como la califica Joaquín Estefanía, y vinculada al Partido Popular, publicó en su revista *«Papeles de la Fundación»* (número 36) un elaborado ensayo titulado *«La apoteosis de lo neutro»*. Sus autores fueron Fernando R. Lafuente (director general del Li-

bro) e Ignacio Sánchez Cámara (catedrático de Filosofía del Derecho). El artículo analizaba el movimiento de lo *politically correct* en Estados Unidos al que definían como *«la perversa culminación del proceso de discriminación positiva, comenzado en los años sesenta y cuyo objetivo no era otro sino el de facilitar el acceso a un puesto laboral o a una plaza académica a las minorías raciales norteamericanas, preferentemente los negros. (...) Hoy, la nueva guerra cultural en Estados Unidos se centra en los postulados de la corrección política: una nueva forma de limitar la libertad de expresión por mor de una drástica corrección lingüística. (...) Ha sonado la hora del crepúsculo respecto a la «discriminación positiva», pues los años de aplicación han demostrado que la contratación obligatoria de individuos de inferior preparación, mediante un obtuso sistema de cuotas, sólo por el hecho de pertenecer a una minoría, ha resultado un fiasco igualitario y un elemento perturbador que pone en grave riesgo la convivencia interracial»*

Los dos articulistas elaboraron una argumentación de apariencia impecable y lógica. El problema es que mezclaron algunos conceptos que no son idénticos: el lenguaje políticamente correcto y la discriminación positiva, aún teniendo un origen parecido, no son la misma cosa. Y, por otra parte, la equiparación de la realidad de Estados Unidos con la realidad española tampoco es muy acertada. Es cierto que en España ha aparecido el concepto del lenguaje políticamente correcto, pero la discriminación positiva es prácticamente inexistente y el multiculturalismo estadounidense aquí no lo conocemos. De modo que las comparaciones y sus aplicaciones a la realidad española son asuntos muy discutibles. Pero, en todo caso, los dos articulistas consideran que existe una ideología antiliberal que es culpable de todas las situaciones indeseables que genera el discurso de lo políticamente correcto, y generalizan de la siguiente forma: *«El núcleo ideológico de la corrección política sería, en nuestra opinión, el siguiente: cualquier defensa (no inmediatamente matizada) de*

la sociedad de libre mercado, la competencia, la excelencia y el orden de valores no es correcta políticamente. Para la corrección política, toda superioridad es social, y por ello, injusta, fruto del privilegio, no del mérito. Toda superioridad o excelencia es explotación o robo, y lo robado y explotado tiene que ser restaurado y recuperado por las víctimas»

Con esta tesis, Lafuente y Sánchez Cámara sostienen que el lenguaje políticamente correcto constituye una defensa ideológica contra el liberalismo económico; un análisis extraño de la realidad estadounidense y aplicado a la sociedad española y, en realidad, al conjunto de sociedades occidentales. Pero hay quien piensa exactamente lo contrario. Lo cual demuestra no sólo que lo «neutro» no existe más que como máscara encubridora: cada cual es libre de interpretar lo que realmente existe debajo de la máscara. Por eso, Joaquín Estefanía (1997 b) hace una lectura muy distinta de la de los dos autores citados y refuta su tesis presentada con otra que intenta desvelar en qué consiste el uso y el fin del lenguaje políticamente correcto:

«La situación en España (y en Europa) es la contraria: lo políticamente correcto son los valores del liberalismo económico, que se manifiestan en lo cotidiano como «pensamiento único» y hegemónico en universidades, gobiernos, sociedades de estudio, medios de comunicación y organismos internacionales. El discurso dominante es el que afirma que el mercado lo resuelve todo del mejor modo posible; que las privatizaciones son la solución, que mientras el estado es ampliar la civilización; que hay que agrandar la tarta y sólo luego repartirla; que la soberanía política pertenece al pasado y es irremediable la dominación de los mercados financieros; que lo económico prima sobre lo político, etc. Modernización, competitividad, contracción de lo público, mercado, desregulación, individuo, sociedad civil, eficacia. Estos son los conceptos de lo políticamente correcto aquí y ahora, y quienes intentan matizarlos elaborando un discurso alternativo en cuanto a las prioridades (ya que nadie

defiende una imposible abolición del mercado) son desplazados o marginados de su comunidad científica y profesional»

«Sí, «los políticamente correctos son los nuevos inquisidores», pero sus protagonistas no están en el terreno que trazan Lafuente y Sánchez-Cámara. Es verdad, «la corrección política constituye la culminación estratégica de un proceso; el asalto a la razón y a los valores ilustrados», pero los culpables no forman parte del imaginario colectivo que recrean los autores de este trabajo, y al que mencionan permanentemente: «cementerio de ideas en el que la izquierda radical ha convertido las aulas»; «los llamamientos a la censura también provienen de la izquierda»; «en realidad, se trataría de algo muy semejante a un pulcro lavado de cerebro «correcto» impuesto desde las escuelas públicas»; «este nuevo macarismo de izquierdas»; «los retoños del añejo progresismo de los años sesenta se dan la mano con los padres fundadores del pensamiento reaccionario»; «el marxismo ha renacido de sus cenizas bajo la forma del multiculturalismo»; «el radicalismo político izquierdista y el politicismo, la tendencia a que la política lo invada todo, y especialmente el ámbito de la cultura, se alienta bajo la corrección política».

«Afirmar que, en los albores del nuevo milenio, el fantasma de la corrección política está a la izquierda de la sociedad es dar -sin ánimo de faltar- gato por liebre. Con este texto, sus autores han producido ideología pura, pero como representación falsa de la sociedad. La apoteosis de lo neutro, la tarta del eufemismo, se encuentra, en nuestros tiempos, en el pensamiento único, no en la discriminación positiva»

LAS RELACIONES, ADAPTACIONES Y SIMBIOSIS

La equiparación que hace Joaquín Estefanía -lenguaje políticamente correcto es igual a pensamiento único- es acertada y real. Toda ideología tiene un carácter simulador porque se hace pa-

sar por lo que no es: por ciencia, por el buen sentido, por la moral, por la fuerza de los hechos..., por la razón en primera y última instancia. Una forma de imponer un pensamiento es, precisamente, alejarlo de lo ideológico. Es el ultraliberalismo el que niega la existencia de las ideologías, el que proclama la muerte y el fin de las clásicas ideologías que han conformado desde el siglo pasado la historia de Occidente. Por lo tanto, de la tesis se deduce que el liberalismo económico no puede ser una ideología, sino la propia evidencia de la razón. Y la razón es práctica, útil-pragmática- y tan neutral como la misma naturaleza: hablar de darwinismo social es ideología; hablar de la eficacia y justicia de los mercados es lo racional, lo políticamente correcto, lo neutro. La imposición paulatina de este lenguaje neutral, un lenguaje que quiere alejarse de las ideologías que ya no reconoce, da como resultado el pensamiento único, paradigma para sus defensores de la excelencia democrática.

La palabra correcta social y políticamente va más allá de la esfera económica. Intenta una desideologización y la misma palabra ideología es sumamente incorrecta. Las correctas son independencia, neutralidad. Independencia que no significa exactamente no depender, sino no sostener un pensamiento ideológico, es decir, aceptar el impuesto neoliberalismo porque es lo único real. A pesar de sus poco más de 200 años de vida y de sus vicisitudes históricas conocidas, el término ideología no ha estado nunca en tan asumido desprecio. Un triunfo de la corrección política. La neutralidad obliga a no sostener opinión alguna: ya están fabricadas, ¿para qué decir? Y socialmente es incorrecto seguir hablando de las desigualdades porque el lenguaje ha eliminado palabras como pobres e injusticia social. La solidaridad, palabra polisémica, es un invento muy adaptable a múltiples situaciones. Con ella nos arreglamos, de momento. El hecho de que la mujer no disfrute de los mismos derechos sociales reconocidos a los hombres es una realidad que se hace patente en algunas

estadísticas laborales, judiciales y familiares. Pero es feminismo -incorrecta palabra- hablar sobre ello de un modo en que las palabras busquen razones y propuestas y no se queden en la espectacular casuística del suceso. La política correcta es tener en cuenta el mundo femenino sin descuido. Y se apropia de una exigencia antigua y justa como es la reflexión sobre el uso sexista de la lengua. A partir de ahí, enmascara el problema y acude a la gramática para corregir el abuso del masculino genérico referencial para los dos sexos. Solución: suprimir este género, sin tener en cuenta que, como apunta Miguel García Posada (1995), «*al obrar así, el idioma ni es machista ni discrimina; responde simplemente al principio de economía que está en la base misma de su funcionamiento*». De este modo ya no existen los españoles, sino el pueblo español o las españolas y los españoles. Los hijos y las hijas. Los alumnos y alumnas, diputados y diputadas, etc., etc. Y para hacer más original y acortar tanta palabra redundante, una idea genial: el uso de la arroba -@- para sustituir a los y las; así, l@s concursantes, es palabra neutra: no encierra significado sexual alguno. Cualquiera puede acudir al premio literario sin sentirse ofendido por discriminación sexual y el que escribe las bases del concurso se ahorra un buen esfuerzo.

El pensamiento único no es -como creen o nos hacen creer algunos moralistas sociales- salvaguardar los derechos de todos y hacer respetar las diferencias. Lo políticamente correcto alumbra el pensamiento único y lincha al osado que quiera manifestar otra cosa que lo correctamente esperable. A finales de 1996, el dirigente de Izquierda Unida, Julio Anguita, se permitió el error de proclamarse republicano, tema tabú donde los haya, incorrecto por definición e imposición. El aluvión de impropiedades, comentarios injuriosos, interpretaciones maledicentes y malintencionadas duró más de un mes. Sabemos todos que la monarquía es el consenso sobre el cual se ha establecido nuestra democracia. Nos puede parecer

más o menos oportuna cuestionarla como forma perenne de representación. Podemos aducir razones para defender su existencia y el acierto del consenso que la restituyó. Pero los correctos guardianes del pensamiento único y neutral vociferaron con todo el alcance de sus micrófonos y plumas: al menos, exigían el bozal; y dieron cátedra sobre la libertad de expresión.

El pensamiento único se manifiesta con toda su fuerza en estas actitudes vengativas que tienen como mensaje que aquél que se aparte un ápice de lo dispuesto puede acabar como buena leña en la gran hoguera de los políticamente correctos, tan neutrales, siempre objetivos y en posesión de la verdad. Así lo expresa, como advertencia de una realidad ya impuesta, Ignacio Ramonet (1995:57): *«En las democracias actuales, cada vez más ciudadanos libres se sienten enfadados, atrapados por esta viscosa doctrina que, imperceptiblemente, envuelve todo razonamiento rebelde, lo inhibe, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Hay una sola doctrina, la del pensamiento único, autorizada por una invisible y omnipresente policía de la opinión»*

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EL TÁBANO DE LA OBJETIVIDAD

Esta policía vigilante tiene su zona de maniobras en los medios de comunicación. En ellos se crean los valores y los contravalores de las sociedades modernas. Y son a su vez un foro de la conciencia colectiva que trata de imponerse. Pero los medios actúan y es necesario alcanzar un consenso sobre la validez de estas actuaciones. Una de las palabras que se ha vuelto incorrecta en el lenguaje periodístico es la objetividad, concepto que aparece relegado para las facultades y escuelas de periodismo tan alejadas ellas del mercado real de la información. A lo sumo existe la aceptación del eufemismo anglosajón de una exigible «ausencia de malicia» en las noticias y reportajes, aunque no tanto en los comentarios. Pero ocurre que de

algún modo hay que explicar un concepto que exige responsabilidad y ética a los profesionales de la información, cuestiones que para muchos propietarios de esos medios -no todos- están muy lejos de sus intereses empresariales. De este modo la palabra objetividad se ha convertido en el blanco de todas las muecas y sarcasmos. Es incorrecta. Y es tan incorrecta quizá porque tal vez moleste que su significado se haya explicado en términos morales como lo ha hecho, por ejemplo, el profesor Martínez Albertos (1992: 60):

«Esta exigencia moral hacia la objetividad en realidad supone la obligación subjetiva de esforzarse en el estudio lo más completo posible de todos los factores que concurren en el hecho que se transmite. Toda información de actualidad postula una dosis mayor o menor de interpretación, ya que los hechos no tienen sentido sino a través del espíritu que los observa y los relata. Por eso habría que advertir que los profesionales de la información no deben conformarse con axiomas que simplifican demasiado las exigencias de la moral profesional».

Esta proposición de Martínez Albertos pudiera resultar incómodamente incorrecta porque propone una responsabilidad alejada de la simplificación a la que muchos medios audiovisuales e impresos nos tienen más que acostumbrados. Entonces, lo mejor es absolutizar el término objetividad y aceptar como mucho el viejo axioma periodístico de que los hechos son sagrados y las opiniones son libres. Con ello ya existe una suficiente garantía para enarbolar la bandera de la objetividad periodística. Y problema resuelto. Todo lo demás son excentricidades académicas de profesores alejados de la realidad profesional. Y así, cualquier exigencia de responsabilidad y de veracidad de la información -que eso significa la objetividad periodística- es acallado con el planteamiento de las formas, que se estiman más que suficientes. Pero, evidentemente, el problema no queda resuelto y la diferencia estriba en hacer un periodismo responsable, o un periodismo

espectacular o de portavocía de intereses nunca confesados. Para Ignacio Ramonet (1995:89) el concepto de veracidad de la información se ha modificado hasta el punto de asistir a una regresión intelectual: «Ahora un hecho es verdad no porque corresponda a criterios objetivos, rigurosos y verificados en sus fuentes, sino sencillamente porque otros medios de comunicación repiten las mismas afirmaciones y «confirman». Si la televisión, partiendo de un despacho o de una imagen de agencia, presenta una noticia y la prensa escrita y luego la radio vuelve a dar esa noticia, eso basta para acreditarla como veraz. Así fue, recordemos, como se construyeron la mentira del montón de cadáveres de Timisoara y todas las guerras del Golfo. Los medios de comunicación ya no saben distinguir, estructuralmente, lo verdadero de lo falso»

LO ÚTIL Y LO ABSTRACTO: ENTRE LO INCORRECTO Y LO ABSOLUTO

El problema de la objetividad reside en la absolutización del término. Se rechaza su significado porque en términos filosóficos no es viable, no tiene sentido. George Berkeley (1685-1753) expuso en su «Tratado sobre los principios del conocimiento humano», publicado en 1710, los fundamentos de un conocimiento que debía revisar las teorías racionalistas de Descartes, Malebranche y Locke. Puso de manifiesto que los términos no pueden constituir realidades cerradas y absolutas porque tienen que relacionarse con el mundo de lo sensible, de la percepción individual. Es decir, si se separa la realidad en dos ámbitos totalmente distintos, como son el mundo de las ideas construidas y el mundo de las cosas sensibles, se camina de manera inexorable al escepticismo. Y eso ocurre cada vez que utilizamos palabras que encierran una idea absoluta que no podemos percibir sensiblemente. La objetividad es una de estas ideas que la filosofía ha rechazado por contener en sí misma una contradicción conceptual. Edmund Husserl

(1859-1938) llegó a la conclusión de que una realidad no fundada en el «yo» fenomenológico es absurda, se contradice a sí misma: «Con el análisis de Hume, las categorías de la objetividad, tanto las de orden científico como las precientíficas de la vida cotidiana, mediante las cuales pensamos el mundo externo, resultan «ficciones»

Por tanto, el conocimiento filosófico ha desterrado la palabra objetividad. ¿Cómo crearla en el periodismo? ¿Cómo no pensar que el término se utiliza para enmascarar ideologías, para someter el lenguaje, para justificar las conclusiones pseudocientíficas en muchas de las ciencias humanas?. Sería acertada la actitud de desconfianza hacia el concepto de la objetividad si lo que se pretende es ocultar con este término el carácter ideológico de los enunciados periodísticos, ya sean titulares, relatos informativos o argumentaciones sobre los hechos. No se puede exigir un lenguaje desnudo de interpretación: no existe. Un ejemplo: en enero de 1994 conocimos por la prensa el conflicto social de Chiapas, en México. Los términos empleados entonces para describir los hechos en los titulares periodísticos diferían notablemente de un periódico a otro. Diferencias ideológicas, interpretativas y concluyentes que precedían a la formación de las opiniones frente al conflicto. El diario El País, por ejemplo, nombró a los protagonistas de los hechos con estas denominaciones: *El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)*; los «guerrilleros zapatistas». Por su parte, el periódico ABC utilizó estos términos: «los rebeldes zapatistas» «los insurrectos de Chiapas». Como puede comprenderse, estas valoraciones ideológicas que ya aparecían en los mismos titulares funcionarían como postulados para la opinión y el juicio sobre los hechos relatados.

Pero no sería acertada ni justa una total actitud de desconfianza o rechazo si negar la objetividad, o siendo más precisos, la posibilidad de cierta objetividad, sirviera para justificar de antemano muchas censuras e imposturas. Y

abusos y manipulaciones; esto equivaldría a destruir la libertad de pensar e invalidar a priori toda crítica, obligar al pensamiento a creer y a claudicar.

Como decía Gadamer -en la cita que encabeza este artículo- el hecho de hablar de la verdad de la palabra equivale a una provocación; mucho más lo haría hoy el hablar de la verdad y de la objetividad como conceptos absolutos. No hay, en rigor, un concepto absoluto de verdad. Ni siquiera Aristóteles en su *Metafísica* (IV, VII-VIII) pudo defender los absolutos de verdad/falsedad sin enredarse en una paradoja como procedimiento infinito. Prefirió hablar sobre lo verosímil, aquello que en determinado momento y circunstancia pudiera ser verdadero. O de concebir la verdad no como un todo absoluto sino como suma de partes: la verdad lógica, o la no contradicción en los argumentos; la verdad epistemológica, o la adecuación del entendimiento y del conocimiento a la realidad; la verdad ontológica, o la aceptación a priori de que la realidad es algo distinto de la apariencia.

Por eso no se trata de refutar aquí el pensamiento único como absolutamente falso y el lenguaje políticamente correcto como la herramienta de la falsedad sino reflexionar acerca de su sentido y acerca del camino que se nos cierra. El periodismo anglosajón y el latino europeo se hallan influidos por un sentido pragmático de la verdad: no es una cuestión que apele a la responsabilidad, a la libertad y a la ética, sino a la utilidad, al crédito que pueda derivarse de dicha utilidad. Quizás se haya considerado que adoptar este lenguaje políticamente correcto al servicio de un mal entendido consenso es una solución pragmática, útil, sin advertir, tal vez, que eso supone enjaular el mundo de la opinión para que prevalezca el pensamiento único; sin recordar, acaso, que ya José Ortega y Gasset (1969:18) nos advirtió adónde nos llevaría esta teoría utilita-

rista de la verdad: «*La razón es clara. Mientras tomemos lo útil como útil, nada hay que objetar. Pero si esta preocupación por lo útil llega a constituir el hábito central de nuestra personalidad, cuando se trate de buscar lo verdadero tenderemos a confundirlo con lo útil. Y esto, hacer de la utilidad la verdad, es la definición de la mentira*»

BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFÍA

ARISTOTELES (1988): *Metafísica* (Trad. de Patricio Azcárate) Madrid, col. Austral de Espasa-Calpe

BERKELEY, G. (1982): *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Madrid, Biblioteca Hispánica de Filosofía, Clásicos Gredos

ESTEFANÍA, J. (1997 a): *Contra el pensamiento único*. Madrid, Taurus (8.1. 1997 b): *La apoteosis de lo neutro*. Diario El País

GADAMER, H.G. (1998): *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona, Paidós Ibérica

GARCÍA-POSADA, M.: (20-3-1995): *El femenino políticamente correcto*. Diario El País

HARO TECGLÉN, E. (1995): *Diccionario Político*. Barcelona, Planeta

MARTINEZ ALBERTOS, J.L. (1992): *Curso general de Redacción Periodística*. Madrid, Paraninfo

ORTEGA Y GASSET, J. (1969): *Verdad y perspectiva*. Madrid, Alianza

RAMONET, I. y CHOMSKY, N. (1995): *Cómo nos venden la moto*. Barcelona, Icaria